

La Sagrada Escritura anuncia claramente: “Miren cuánto amor nos ha tenido el Padre, pues no sólo nos llamamos hijos de Dios, sino que lo somos” (1 Jn 3:1). Este amor “proviene de Dios y a Dios nos une y, mediante este proceso unificador, nos transforma en un Nosotros, que supera nuestras divisiones y nos convierte en una sola cosa, hasta que al final Dios sea ‘todo para todos’ (cf. 1 Co 15:28)”.¹ Por obra del Espíritu Santo, la Iglesia está llamada a compartir con todo el mundo este don de amor. Como señala el papa Francisco: “Esta salvación, que realiza Dios y anuncia gozosamente la Iglesia, es para todos, y Dios ha gestado un camino para unirse a cada uno de los seres humanos de todos los tiempos”.² A través de su Cruz y Resurrección, Cristo unió la única raza humana al Padre. Sin embargo, aun cuando la victoria de Cristo sobre el pecado y la muerte es completa, todavía vivimos en un mundo afectado por ellos. Como obispos de la Iglesia Católica en los Estados Unidos, queremos abordar una forma del mal particularmente destructiva y persistente. A pesar de muchos avances prometedores logrados en nuestro país, el racismo todavía infecta nuestra nación.

¿QUÉ ES EL RACISMO?

El racismo surge cuando —ya sea consciente o inconscientemente— una persona sostiene que su propia raza o etnia es superior y, por lo tanto, juzga a las personas de otras razas u orígenes étnicos como inferiores e indignas de igual consideración. Esta convicción o actitud es pecaminosa cuando lleva a individuos o grupos a excluir, ridiculizar, maltratar o discriminar injustamente a las personas por su raza u origen étnico. Los actos racistas son pecaminosos porque violan la justicia. Revelan que no se reconoce la dignidad humana de las personas ofendidas, que no se las reconoce como el prójimo al que Cristo nos llama a amar (Mt 22:39).

El racismo ocurre porque la persona ignora la verdad fundamental de que, al compartir todos los seres humanos un origen común, todos son hermanos y hermanas, todos igualmente hechos a imagen de Dios. Cuando se pasa por alto esta verdad, la consecuencia es el prejuicio y el temor al otro y,

1 Papa Benedicto XVI, *Deus Caritas Est*, no. 18.

2 Papa Francisco, *Evangelii Gaudium*, no. 113.

con demasiada frecuencia, el odio. Caín olvida esta verdad en el odio a su hermano. Recordemos las palabras de la primera carta de Juan: “El que odia a su hermano es un homicida y bien saben ustedes que ningún homicida tiene la vida eterna” (1 Jn 3:15). El racismo comparte el mismo mal que movió a Caín a matar a su hermano. Surge de suprimir la verdad de que su hermano Abel también fue creado a imagen de Dios, una persona humana igual a él. Cada acto racista —cada comentario, cada broma, cada mirada despectiva como reacción al color de la piel, al grupo étnico o al lugar de origen— supone no reconocer a la otra persona como hermano o hermana, creada a imagen de Dios. En estos y en muchos otros actos similares, el pecado del racismo persiste en nuestras vidas, en nuestro país y en nuestro mundo.

El racismo se presenta de muchas formas. Se puede ver en actos deliberados, pecaminosos. En los últimos tiempos, hemos sido testigos de expresiones atrevidas de racismo tanto por parte de grupos como de individuos. La reaparición de símbolos de odio, como sogas con nudos corredizos y esvásticas en espacios públicos, es un indicador trágico de la creciente animosidad racial y étnica. Con demasiada frecuencia, personas hispanas y afroamericanas, por ejemplo, enfrentan discriminación en la contratación, la vivienda, las oportunidades educativas y el encarcelamiento. Frecuentemente los hispanos están en el punto de mira de prácticas selectivas de control de la inmigración derivadas de perfiles raciales, e igualmente los afroamericanos por presunta actividad criminal. También crece el temor y hostigamiento a personas provenientes de países de mayoría musulmana. Ideologías nacionalistas extremas alimentan el discurso público estadounidense con una retórica xenófoba que instiga el miedo hacia los extranjeros, los inmigrantes y los refugiados. Finalmente, con demasiada frecuencia el racismo se manifiesta en forma de pecado de omisión, cuando individuos, comunidades e incluso iglesias permanecen en silencio y no actúan contra la injusticia racial cuando se la encuentra.

A menudo el racismo se puede encontrar en nuestros corazones— en muchos casos, puesto allí sin querer o inconscientemente a causa de nuestra crianza y nuestra cultura. Y así, puede llevar a pensamientos y acciones que ni siquiera consideramos racistas, pero que sin embargo se derivan de la misma raíz perjudicial. Consciente o subconscientemente, esta actitud de

superioridad se puede ver en cómo ciertos grupos de personas son vilipendiadas, llamadas criminales o percibidas como incapaces de contribuir a la sociedad, incluso indignas de sus beneficios. El racismo también puede ser institucional, cuando se mantienen prácticas o tradiciones que tratan a ciertos grupos de personas injustamente. Los efectos acumulativos de los pecados personales del racismo han llevado a estructuras sociales de injusticia y violencia que nos hacen a todos cómplices en el racismo.³

Leemos los titulares que informan sobre la muerte de afroamericanos desarmados a manos de funcionarios de las fuerzas del orden. En nuestras prisiones, el número de reclusos de color, especialmente morenos y negros es sumamente desproporcionado.⁴ A pesar de las grandes bendiciones de libertad que ofrece este país, debemos admitir la pura verdad de que para muchos de nuestros conciudadanos, que no han hecho nada malo, las interacciones con la policía a menudo están cargadas de temor e incluso de peligro. Al mismo tiempo, rechazamos la áspera retórica que menosprecia y deshumaniza al personal de las fuerzas del orden que trabaja para mantener seguras nuestras comunidades. También condenamos los ataques violentos contra la policía.

Asimismo, hemos visto años de racismo sistémico en acción en la forma en que se asigna recursos a comunidades que siguen segregadas *de facto*. Por poner un ejemplo, la crisis del agua en Flint, Michigan, se debió a decisiones políticas que afectaron negativamente a los habitantes, la mayoría de los cuales eran afroamericanos.⁵ Podríamos continuar con otros ejemplos, pues los casos de discriminación, prejuicio y racismo, lamentablemente, son demasiados.

En momentos importantes de nuestra historia, los obispos han escrito para expresar su preocupación pastoral por el flagelo del racismo, que algunos han llamado el pecado original de nuestro país. En 1958, los obispos

3 Véase *Catecismo de la Iglesia Católica*, no. 1869.

4 El Pew Research Center informa: “La composición racial y étnica de las prisiones estadounidenses sigue siendo sustancialmente diferente de la demografía del país en su conjunto. En 2016, los negros representaban el 12% de la población adulta estadounidense pero el 33% de la población penitenciaria sentenciada. Los blancos representaban el 64% de los adultos, pero el 30% de los reclusos. Y mientras que los hispanos representaban el 16% de la población adulta, representaban el 23% de los reclusos”. Véase John Gramlich, “The gap between the number of blacks and whites in prison is shrinking”, 12 de enero de 2018. www.pewresearch.org/fact-tank/2018/01/12/shrinking-gap-between-number-of-blacks-and-whites-in-prison/ (consultado el 31 de mayo de 2018).

5 Véase Michigan Civil Rights Commission Report, “The Flint Water Crisis: Systemic Racism Through the Lens of Flint”, sitio web del Michigan Department of Civil Rights, 17 de febrero de 2017. www.michigan.gov/documents/mdcr/VFlintCrisisRep-F-Edited3-13-17_554317_7.pdf (consultado el 10 de agosto de 2018).

condenaron las formas flagrantes de racismo contenidas en las leyes de segregación y “Jim Crow”.⁶ Diez años más tarde, escribieron para condenar el escándalo del racismo y las políticas y acciones que llevaron a tanta frustración que la violencia estalló en muchas ciudades.⁷ En 1979, los obispos expresaron de nuevo su preocupación sobre cómo el racismo seguía afectando a muchos de nuestros hermanos y hermanas, poniendo de relieve las formas estructurales e institucionales de injusticia racial evidenciadas en los desequilibrios económicos presentes en nuestra sociedad.⁸

Con los cambios positivos que surgieron del movimiento por los derechos civiles y la legislación sobre derechos civiles relacionada, algunos pueden creer que el racismo no es ya una aflicción importante de nuestra sociedad, que solo se encuentra en los corazones de individuos que pueden ser tachados de ignorantes o incultos. Pero el racismo sigue afectando profundamente nuestra cultura, y no tiene lugar en el corazón cristiano. Este mal causa un gran daño a sus víctimas y corrompe las almas de quienes albergan pensamientos racistas o prejuiciosos. La persistencia del mal del racismo es la razón por la que escribimos esta carta. Todavía hay personas que sufren y es necesario actuar.

Lo que se necesita, y lo que estamos pidiendo, es una conversión genuina del corazón, una conversión que obligue al cambio y la reforma de nuestras instituciones y de la sociedad. La conversión es un largo camino para la persona. Llevar a nuestra nación a la plena realización de la promesa de libertad, igualdad y justicia *para todos* es aún más difícil. Sin embargo, en Cristo podemos encontrar la fortaleza y la gracia necesarias para emprender ese camino.

En este sentido, cada uno de nosotros debe adoptar como propias las palabras del papa Francisco de no permitir que nadie “piense que esta invitación no es para él”.⁹ Todos nosotros necesitamos una conversión personal y continua. Nuestras iglesias y nuestras instituciones cívicas y sociales necesitan una reforma continua. Solo cuando el racismo se confronta abordando sus causas y las injusticias que produce, puede darse la sanación. En una realidad

6 USCCB, *Discrimination and Christian Conscience*, 14 de noviembre de 1958.

7 USCCB, *National Race Crisis*, 25 de abril de 1968.

8 USCCB, *Nuestros hermanos y hermanas*, 14 de noviembre de 1979.

9 Papa Francisco, *Evangelii Gaudium*, no. 3.